

Mis vida basto, las penas  
Mataron a Tain el día  
Que tú naciere; tu eres  
De Huitzilótl la hija  
Mundo el verdugo hace tiempo  
Allí está en polvo la víctima  
Tu madre angélica que era  
De Tonantli, las bellas  
Hoy que siento que mis fuerzas  
Me abandonan y desmayan  
Te he revelado el secreto  
De mis angustias continuas  
Cuando de este mundo salga  
Ven a este sitio y cultiva  
Las tristes flores que nacen  
En sus desiertas orillas  
Supla a mis oraciones  
Las oraciones sencillas  
Tu dulce llanto a las tristes  
Y amargas lágrimas mías  
Cesa la voz del anciano  
Nexahuātlxochitl suspira  
Y ante la tumba cayeron  
Ambos a dos de rodillas

Mas Nexahuātlxochitl soló  
Misteriosa y desvelada  
Año de sus vastos jardines  
Por las arborescenas vayas  
Acaso encuentra su pedruzco  
Algunas ignotas esperanzas  
Y al hondo silencio há  
Los secretos de su alma  
Acaso un leve suspiro  
**ROMANCE IV**  
Que de su seno se desliza  
De los vértigos visuales  
Vuela en las fétidas alas  
Tal vez recuerda en mente  
**LA HOSPITALIDAD.**  
Que ha visto en una mañana  
A la hora en que aliente y bella  
En la cuna reposada  
Está avanzada la noche,  
Y dulce, apacible y diáfana  
Va rodando en los espacios  
Febe, su disco de plata.  
Nanche á su aposento torna,  
Y las desdichas pasadas  
Entrega en brazos del sueño  
Que sus sentidos embarga.



Mas Nezahualxochitl sola,  
Misteriosa y desvelada,  
Aun de sus vastos jardines  
Por las arboledas vaga.

Acaso encierra su pecho,  
Alguna ignota esperanza,  
Y al hondo silencio fia  
Los secretos de su alma.

Acaso un leve suspiro  
Que de su seno se escapa,  
De los zéfiros livianos  
Vuela en las flébiles alas.

Tal vez recuerda su mente  
Que ha visto en una mañana,  
A la hora en que alegre y bella  
En la cuna sonrosada,

Confunde su luz el día  
Con los crespones del alba,  
Pasar una sombra errante  
Entre dos verdes montañas.

Que aun mira se le figura  
La imagen gentil, gallarda,  
De un mancebo que corria  
Y ásperas cimas trepaba,

Como el Coyamtl<sup>1</sup> que huye,  
Entre breñas y entre zarzas,  
Del brazo que lo persigue  
Tras de la innúmera jauria;  
Aun se finje que le mira  
Perderse allá en lontananza,  
Al través de los arbustos  
Y el follaje de las ramas.

Y por el mismo sendero  
A poco ve que se lanza,  
En pos de aquel fugitivo,  
Un tropel de gente armada

Que corre de un lado al otro,  
Que se detiene, que avanza,  
Que camina irresoluta,  
Que á conferenciar se pára,  
Bien como duda y vacila  
El ojeador que en la caza  
Pierde la pista y no sabe  
Dónde la fiera se guarda.

Tal sueña la pobre jóven,  
Intranquila y desvelada,  
Que por las calles desiertas  
De sus arboledas vaga.



En tanto, avanza la noche,  
Y dulce, apacible y diáfana,  
Aún por el espacio rueda  
Febe, su disco de plata.

¿Qué ruido es ese? acaso  
Del viento perdida ráfaga,  
Que sobre las hojas secas  
Las hojas secas levanta?

¿O lo forma por ventura,  
De alguna ave inmensa el ala,  
Que al huir veloz azota  
De los arbustos, las ramas?

¿O es una enorme ceraste  
Que cautelosa se arrastra,  
Y entre malezas y abrojos  
Los sueltos anillos pasa?

Nezahualxochitl, inquieta,  
Vuelve el semblante azorada  
Por todos lados, y ansiosa  
Piensa en tornar á su casa.

Cuando distingue una sombra  
Que con rapidez avanza,  
Y se aproxima hácia ella  
Temerosa y recatada.

¿Quién será? tiembla la jóven,  
Y resuelta, al fin, escapa  
Por una calle, mas solo  
Unos breves pasos anda,

Cuando á su oído un acento  
Llevó en sus ondas el aura:  
«Detente un punto, detente,»  
Oyó decir con voz clara.

Empero Nezahualxochitl  
Cada vez mas asustada,  
No camina... corre, vuela,  
De su hondo pánico en alas;

En un instante se acoge  
Al dintel de su morada;  
Mas oye pasos, y atónita  
Volviendo hácia atrás la cara,

Mira que el bulto de un hombre,  
De un tilmatlí<sup>1</sup> entre las anchas  
Plegaduras embozado,  
Casi toca á sus espaldas.

<sup>1</sup> A manera de capa que usaban los aztecas.



Y escucha á la par confusos  
 Ecos de humanas pisadas,  
 Y de voces que no lejos  
 Entre la sombra se enlazan.  
 Entonces la jóven grita,  
 Y á su clamor, angustiada  
 Contesta la voz de Nanche  
 Que del blando lecho salta.  
 —¿Qué ocurre, hija mia?  
 —¡Auxilio!  
 ¡Venid, socorro!  
 —¿Qué pasa?  
 —¡Padre, mirad!...  
 Al reflejo  
 De las rutilantes llamas  
 De una tea, que el anciano  
 Lleva en la mano, se pasma  
 Nezahualxochitl, que súbito  
 Reconocen sus miradas  
 A aquel mancebo gallardo  
 Que en la selva solitaria,  
 Huía por un sendero  
 Entre dos verdes montañas.

Y baja el rojo semblante  
 En tanto que Nanche exclama:  
 —¿Quién eres?  
 —¿Quién soy?  
 —Tu nombre!  
 —¡Nezahualcoyotl!  
 Te llamas  
 Nezahualcoyotl? ¡el hijo  
 Del gran monarca! Y enclava  
 Nanche en el rostro del príncipe  
 Sus pupilas dilatadas;  
 —¡Ah! sí..... ya te reconozco,  
 Tú eres mi rey; ¿qué me mandas?  
 —No pierdas el tiempo, ¿tiene  
 Una salida excusada  
 Esta mansión?  
 —Sí por cierto;  
 —Pues la senda me señala.  
 —Nezahualxochitl la sabe;  
 ¿Mas ese rumor.....  
 —De Maxtla  
 Son las tropas, que me siguen,  
 ¡Y soy muerto si me alcanzan!  
 —Pues corred, yo las espero,  
 Huid; aquí las aguarda



Mi lealtad, mi cariño  
 Y mi gratitud sin tasa;  
 Y que el hijo de Ixtlilxochitl  
 Con los altos dioses vaya.

Calló Nanche, y en lo oscuro  
 Vió desvanecerse rápidas,  
 Del príncipe y de la jóven  
 Las sombras, como fantasmas.

Nanche, intrépido, á la puerta  
 De su mansion sosegada,  
 Mira á las tropas reales  
 Que llegan desordenadas.

Brilla á la luz de la luna  
 El reflejo de sus armas,  
 Y el gefe de ellas, mirando  
 A Nanche que las aguarda,  
 Deteniéndose soberbio  
 A no muy corta distancia,  
 Con fiero ademan altivo  
 De esta manera le habla:

—A ese traidor insensato  
 Vimos entrar en tu casa:  
 Ríndete pues, y á los míos  
 Enseña la puerta franca.

El rey tu señor, mi amo,  
 Así lo quiere y lo manda;  
 Paso, paso! y que se cumpla  
 Su voluntad soberana.

—Te equivocas, dice Nanche,  
 Con aterradora calma;  
 Antes perezca mil veces  
 Que permitirte la entrada.

—¿Niegas que el príncipe infame  
 Tras ese muro se guarda,  
 Cuando con mis propios ojos  
 Lo he visto?

—No niego nada.

—Lo confiesas....

—En mi vida  
 Supe mentir.

—¿Y qué aguardas?

—No has de entrar en este asilo.

—¿Quiéres morir?

No me espanta



La muerte, cuando me alienta  
La fé de una justa causa.

— Eres anciano.....

— Mis ojos

De ver la luz ya se cansan.

— Morirás entonces.

— Y antes

Que se cumplan tus palabras,

Hollarás cien y cien veces

Mi cadáver con tus plantas.

— Adelante.....!

— Atrás.....!

La lucha

Desigual y sanguinaria,

A la faz de las estrellas

En un instante se traba.

La pica del noble anciano

Hunde al primero que avanza,

La cabeza, y cae al suelo

Como una pesada masa.

Se exasperan los contrarios,

Se oyen mugidos de rabia,

Y el iztli<sup>1</sup> el espacio hiende

En las puntas de las lanzas.

<sup>1</sup> Pedernal.

De pronto Nanche vacila,

Se bambolea y se escapa

De su pecho hondo sollozo

Y con él envuelta su alma.

Sobre el cuerpo los esbirròs

Unos tras los otros pasan,

Y los venerables restos

Aun palpitantes, ultrajan.

A los aposentos entran;

Buscan, mas al fin no hallan

Al príncipe á quien creían

Asegurado en sus garras.

Y revolviendo furiosos,

Al campo otra vez se lanzan,

Como Coyotles<sup>1</sup> hambrientos

En las llanuras de Anáhuac.



La tibia luz de la aurora

Viste al oriente de nácar,

Y á los primeros albores

De aquella dulce luz blanca,

<sup>1</sup> Especie de chacales.



Se ve bajar por los campos  
 A una jóven que agitada  
 Muestra en sus ojos la dicha  
 Que sus tiernos labios cantan.  
 «No pierde un rey poderoso,  
 Un rey nunca pierde nada,  
 Si á sus iguales adora,  
 Si con princesa se casa;  
 Y él es rey, y yo soy hija  
 De Huitzilihuitl y Tiata;»  
 Estos eran sus cantares,  
 Estas eran sus palabras.  
 Alegre, gentil, risueña,  
 La colina al fin traspasa,  
 Cruza sus bellos jardines  
 Y se detiene á la entrada  
 De su mansion..... algo ha visto  
 De sombrío en lontananza;  
 Algo de fúnebre y triste  
 En las puertas y en las tapias.  
 Se le figura que el viento  
 Solloza triste si pasa,  
 Y que los árboles gimen  
 Si el aire silba en las ramas.

¿En dónde están de su padre  
 Las cariñosas miradas?  
 ¿En dónde está la sonrisa  
 Que sus labios dilataba?  
 ¿Dónde los trémulos brazos  
 Que no salen á estrecharla,  
 Por aquella alegre puerta  
 Tan muda y tan solitaria?  
 ¿Por qué ante ella se detiene,  
 Y tiembla y vacila, y anda  
 Un breve trecho y al punto  
 Se vuelve atrás asustada?  
 ¡Ay! lo ignora, y decidida,  
 Resuelta, convulsa, pálida,  
 Entra, da un grito, y perdiendo  
 Al fin su última esperanza,  
 Siente un vértigo espantoso,  
 Siente un dolor que la mata;  
 Cierra sus ojos, y rueda  
 Por el suelo desmayada.....  
 .....  
 Vió á Nanche, á Nanche tendido,  
 Tintas en sangre las canas,  
 E inmóviles las pupilas  
 En donde acaso aun brillaba



Una chispa de fiereza,  
De lealtad, de constancia,  
Prendida en el cristal puro  
De una postrimera lágrima.



ROMANCE V

LA EMBOSCADA.

Nezahualcoyotl, al cabo  
De peligrosos empeños,  
Y de sufrir donde quiera  
Pesares y contratiempos;  
De luchar con el destino,  
Siempre á su fortuna adverso,  
Hora á hora, día á día,  
Brazo á brazo, pecho á pecho;